

a que cada uno de los textos presentados han cuestionado la centralidad del sacrificio en el conjunto religioso pagano, es necesario reconocer que, mediante ellos, se reafirma la necesidad de tomar el sacrificio como un tema serio de investigación, desde el que pensar las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales del mundo antiguo. Valga esta última reflexión para cerrar una reseña con la que se desea recomendar vivamente una obra que ofrece contribuciones de gran calidad e interés para todos aquellos interesados en el fenómeno del sacrificio.

Fernando NOTARIO PACHECO
Universidad Complutense de Madrid
fnotariopacheco@gmail.com

Jan DRIESSEN (ED.), *Destruction: Archaeological, Philological and Historical Perspectives*, Louvain-la-Neuve, Presses universitaires de Louvain, 2013, 488 pp., con ilustraciones [ISBN: 978-2-87588-124-2].

La presente obra colectiva constituye la cristalización del coloquio internacional del mismo nombre que tuvo lugar en la *Université Catholique de Louvain* del 24 al 26 de noviembre del 2011, bajo los auspicios del *Centre d'étude des mondes antiques*. La destrucción, a pesar de ser un tema recurrente en la investigación histórico-arqueológica, adolece de la falta un marco teórico propio (*vid.* las reflexiones sobre el tema de Driessen en el prefacio –donde se introduce la definición de destrucción con la que juegan los diversos autores del libro– y en las pp. 12-19), perentoria si se tiene en cuenta la tensa relación existente entre arqueología y destrucción (González-Ruibal, pp. 37-40), o la fascinación que ejerce este fenómeno (Cunningham, p. 55, comenta el éxito de películas como *Armageddon* o *Pearl Harbor*, mientras que Assenmaker, pp. 391-392, habla de la centralidad del arquetipo de la Guerra de Troya en la mentalidad grecorromana). En este sentido, el libro viene a unirse a *The Archaeology of Destruction* (Cambridge, 2008) en la labor de suplir el vacío existente en la bibliografía sobre el tema, aunque se apuesta de forma más explícita por la labor conjunta de filólogos, historiadores y arqueólogos.

Si bien esta obra carece de una división en secciones, su lectura revela su organización, tanto temática como cronológica. Los cuatro primeros capítulos, a cargo de Driessen (pp. 9-26), Olivier (pp. 27-36), González-Ruibal (pp. 37-51) y Cunningham (pp. 53-61) constituyen el armazón teórico del libro, si bien nombran numerosos ejemplos en sus explicaciones. Driessen introduce la *Pompeii Premise*, concepto teórico que consiste en la suposición de que un único contexto arqueológico tiende a ser considerado como el producto de un único evento destructivo, y se pregunta acerca de su existencia o no en arqueología, pues, como Puglisi comenta (p. 177), no tiene en cuenta los numerosos fenómenos que, a lo largo del tiempo, conforman el registro material. Por su parte, el capítulo de Olivier es, en mi opinión, el más llamativo ya

que, frente a las disertaciones más técnicas de sus compañeros, introduce los casos de Chernóbil y Fukushima para mostrar cómo nuestro presente está marcado por la amenaza de la muerte en masa y la devastación postindustrial. González-Ruibal incide en esa difícil relación entre arqueología y destrucción mencionada antes (*vid. supra*). Sobre este tema, Cunningham insiste en el valor de la destrucción, pues ha producido gran parte del registro arqueológico del que disponemos, así como en lo erróneo de presentar el proceso de excavación como destructivo, pues éste es un paso más en la contextualización de los materiales del pasado. En fin, la reflexión teórica de lo que es la destrucción, lo que implica (dolor, abandono, un mundo que termina, pero también transformación y nuevos comienzos), nuestra actitud ante ella y las posibilidades que ofrece su estudio desde una actitud receptiva y formada (la completa y actualizada bibliografía por capítulos llama la atención sobre esta obligación del investigador), son los aspectos fundamentales enunciados en este conjunto de capítulos. Me gustaría destacar la presencia de este bloque, ya que, si bien no falta reflexión sobre esta temática en la historiografía, muchas veces ésta ha permanecido circunscrita a los círculos en los que se desarrolla la teoría arqueológica y se echa en falta en obras que analizan contextos de destrucción. Los restantes capítulos, si bien tampoco renuncian a plantear y confrontar diversos enunciados teóricos, son estudios de caso, presentados de forma más o menos cronológica y geográfica, por lo que el volumen adquiere una riqueza expositiva notable.

Haggis (pp. 63-87) es uno de los ejemplos de esta tendencia de realizar una discusión teórica tomando como base casos reales. Mediante muestras de destrucción y construcción en el Egeo —desde el Heládico Medio hasta el Protogeométrico—, enuncia el funcionamiento de las estructuras sociales dinámicas y las estáticas (*vid. sobre todo la tabla 1*). Tringham (pp. 89-107) analiza la destrucción intencionada por fuego de viviendas en el Neolítico del sureste de Europa y Çatalhöyük, un acto ritual ligado a un cambio importante que afectó la existencia de los habitantes de las mismas (¿muerte del dueño quizás?); este acto voluntario lleva a la autora a desarrollar el concepto *Domithanasia*, que engloba los daños ocasionados por los propios moradores, probablemente de forma reglada, a sus propias moradas. Stroulia y Chondrou (pp. 109-131) también abordan el daño ejercido por los propietarios sobre sus bienes de forma consciente y sistemática, aunque en este caso se trate de la fragmentación sistemática de herramientas de piedra, como molinos, en el yacimiento del Neolítico Final de Kremasti, en el norte de Grecia. En este capítulo, además, surge la idea de la destrucción creativa, ya que la ruptura de los objetos les otorga un nuevo estatus, que en multitud de ocasiones se nos escapa. Pero no solo las estructuras y las cosas cambian de forma sustancial con la destrucción: también las personas. Así, Todaro y Girella (pp. 133-152) estudian la manipulación de los restos de individuos ya enterrados como la fase final de un rito funerario; ésta conllevaría el refuerzo de la cohesión social y la comunión de vivos y muertos, destruidos y, por ello, transformados en ancestros. Simandiraki-Grimshaw y Stevens (pp. 153-170) nos llevan de nuevo al ámbito griego, a la Creta minoica y al depósito de los almacenes del templo de Cnoso, donde se hallaron múltiples fragmentos de figurillas que muestran que sobre ellos se aplicó, una vez más, una acción destructiva deliberada (¿quizás se repartían

entre los participantes del culto ciertas partes de los exvotos?) y un cuidadoso enterramiento. Puglisi (pp. 171-182) trata las destrucciones que sobrevinieron sobre los palacios cretenses del Minoico Final I. Antes he comentado el rechazo del autor a la *Pompeii Premise* (vid. *supra*), que también denomina *Atlantis premise* (pp. 177-180), ya que considera que el final de este período podría explicarse de forma más efectiva estudiando cambios graduales ideológicos, culturales, económicos y sociales. En definitiva, la transformación total de un sistema no se produciría por causa de un único evento destructivo, sino por un deterioro estructural progresivo.

Esta idea es compartida por Juseret, Langohr y Sintubin (pp. 183-202) que, si bien estudian los terremotos en el arco mediterráneo y cómo identificarlos en el registro arqueológico, consideran que aquellos lugares que estaban en proceso de deterioro exhiben, en caso de sismo, una mayor visibilidad arqueosismológica. Hitchcock (pp. 203-220) nos introduce en el estudio de las emociones de las personas que vivieron los traumáticos cambios ligados a la erupción del volcán de la isla de Thera, el tránsito del Minoico Reciente I al II y el final de los palacios micénicos (si bien sobre este último momento apenas se incide en su artículo); la violencia, la incertidumbre, la nostalgia y la migración marcaron la vida de los que vivieron estos eventos y la autora nos introduce una interesante cuestión: ¿es el sufrimiento de estas gentes menos importante porque vivieron hace tres mil años?, ¿la consideración de ese dolor puede ser útil en el presente? Mikrakis (pp. 221-242) sí se centra en los cambios que trajo el desmantelamiento de la sociedad palacial micénica, en concreto en el advenimiento de una nueva escenificación musical. Los capítulos de Denti (pp. 243-267) y Alexandridou (pp. 269-284) nos introducen en el mundo del arcaísmo griego, aunque desde una perspectiva muy diferente. Denti vuelve a presentarnos un caso de destrucción y cuidadosa amortización, en concreto del área de producción cerámica y del gran edificio US 38 del yacimiento grecoindígena de la Magna Grecia de Incononata. Alexandridou nos traslada a la Atenas y el Ática del mismo siglo, aunque en este caso considera la quema deliberada de ajuares funerarios y su depósito en zanjias y la cremación en contextos de élite como una estrategia para la definición de estas clases frente a grupos más modestos. A partir de aquí, aunque sin salirnos del ámbito griego, se produce un salto a la época helenística, por lo que sí he echado en falta alguna referencia al período clásico. En fin, la destrucción de Dreros a finales del siglo III a.C., y la aniquilación no solo de su población sino también de los elementos que constituían el núcleo de su identidad cívica por parte de la ciudad de Lyttos son el objeto de análisis de Gaignerot-Driessen (pp. 285-297). Aquí, Lyttos habría utilizado esta acción como elemento constitutivo de su nueva identidad como *polis*, la cual fue necesario redefinir tras el ataque que sufrió por parte de Cnoso. Kyriakou y Tourtas (pp. 299-318) estudian cuatro fosas rituales que se hicieron en el entorno del santuario de Eukleia en Vergina, realizadas en momentos en los que el templo sufrió algún tipo de destrucción; en concreto, se centra en el enterramiento ritual de estatuas y la realización de este tipo de acciones como refuerzo de la comunidad y como un acto necesario para afrontar el trauma producido por una acción destructiva foránea realizada sobre las áreas sacras de la ciudad. Boehm (pp. 319-327) usa datos arqueológicos para refutar lo que las fuentes literarias nos cuentan sobre el

sinecismo de Tesalónica y Demetrias a finales del siglo IV y comienzos del III a.C., respectivamente: la fundación de estas ciudades no supuso el final de las *poleis* que, por decreto real, debían ser desmanteladas para formarlas, sino que su abandono se debió a un proceso gradual. Thèly (pp. 329-336) analiza el vocabulario usado por autores como Estrabón, Pausanias o Diodoro Sículo para referirse a los daños causados por seísmos. El bloque sobre Grecia se cierra con el capítulo de Oikonomidis (pp. 337-354), dedicado al desmantelamiento de los monumentos clásicos y su uso como material constructivo en época medieval, el siglo XIX e incluso hoy en día: no habría una destrucción de la Atenas antigua como tal, sino una recontextualización y una transformación de su esencia.

Al mundo romano y sus antecedentes están consagrados los siguientes capítulos. Meulemans y Piermarini (pp. 355-369) se ocupan de la destrucción cíclica de santuarios en yacimientos etrusco-laciales, centrándose en las dificultades que entraña la identificación de daños intencionados o accidentales, el estudio del carácter cíclico de la destrucción y su relación con lo que para las culturas antiguas significaba dicho fenómeno: la renovación del cosmos. Scalici y Mancini (pp. 371-390) nos muestran cómo se marcó la destrucción de un edificio de Timmari hacia el final del siglo III a.C. con un acto ritual. Assenmaker (pp. 391-414), en la línea de Boehm (*vid. supra*), usa datos arqueológicos y fuentes literarias para presentar la destrucción de Atenas y el Pireo –por parte de Sila– y de Troya –por Fimbria– en el contexto de la primera guerra mitridática. El autor trata aspectos como la persistencia del mito del saco de Troya (*vid. supra*), la manipulación de las fuentes y cómo el vencedor de una contienda, Sila en este caso, debe jugar con lo que implica a nivel militar, político e ideológico la destrucción o el perdón de una ciudad rebelde. Cadario (pp. 415-433) analiza la *damnatio memoriae* y su visibilidad como modo de destrucción del individuo, mientras que Steigberger y Tober (pp. 435-448) concluyen que el santuario de *Iuppiter Heliopolitanus* de *Carnuntum* (en la moderna Austria) fue demolido y reconstruido de forma intencionada en el siglo III de nuestra era, si bien no tratan el porqué de este hecho. Cavallieri (pp. 449-472) cierra este bloque tratando la transformación del paisaje toscano entre los siglos IV y VII d.C.

Por último, Palermo (pp. 473-485) nos presenta el yacimiento sirio de Tell Barri y la destrucción que sobrevino entre los siglos II y el III de nuestra era, ligada a las operaciones de Septimio Severo en la zona contra los partos y a las posteriores luchas de los sasánidas y Roma.

Si bien el número de situaciones estudiadas es elevado, la obra transmite una admirable sensación de conjunto. En primer lugar, ayuda a que nos acerquemos a la destrucción con una base teórica firme. Además, aparte de la consideración de sus vertientes negativas, se plantean los diversos aspectos creativos que la destrucción es susceptible de producir, ya que ésta no se considera un final, sino una fuerza transformadora (con todo lo que eso puede conllevar, por supuesto). Destaca también su papel central en el establecimiento de distintos tipos de identidades, las cuales afectan, fundamentalmente, a la comunidad y al mundo de los difuntos. La vinculación entre destrucción e ideología, como hemos visto, es considerada en buena parte de la obra, pues, en multitud de ocasiones, la última es causa de la primera. Por otro lado,

y este es el aspecto que considero más destacado, el libro llama poderosamente la atención sobre el hecho de que la destrucción no es simplemente una catástrofe que sobrevenga por hordas invasoras, desastres naturales o el debilitamiento de estructuras socioeconómicas abstractas, ni tampoco un acontecimiento inevitable: puede ser un acto consciente fruto de la toma de decisión de una comunidad ligada a un momento histórico determinado, lo cual puede llevar a estudiar los procesos de cambio y colapso bajo una óptica nueva y a introducir en ellos metodología propia del ámbito de la agencia.

En definitiva, esta obra constituye un estudio brillante sobre una problemática con la que a menudo han de lidiar los historiadores y arqueólogos, y muestra cómo la interdisciplinariedad y una reflexión teórica realizada antes, durante y después del análisis de situaciones concretas son fundamentales para elaborar trabajos útiles que aprehendan el funcionamiento de las sociedades antiguas en general y los procesos destructivos en particular. La destrucción no supone un final, sino una transformación del orden existente por razones determinadas que merece su propio ámbito de estudio.

Claudia ALONSO MORENO

Universidad Autónoma de Madrid
claudia.alonso@uam.es

Fernando PRADOS – Iván GARCÍA – Gwladys BERNARD (EDS.), *Confines: el extremo del mundo durante la Antigüedad*, San Vicente del Raspeig (Alicante), Universidad de Alicante, 2012, 437 pp., 95 figs. [ISBN: 978-84-9717-240-0].

Siguiendo una línea de trabajo ya consolidada, el coloquio organizado por la *Casa de Velázquez* en enero de 2010 presentó ante la comunidad investigadora una refrescante visión sobre diversos ámbitos del mundo antiguo, y desde diferentes perspectivas, centrado en un *leitmotiv* específico: las zonas de frontera, los límites de la “civilización” tal como eran percibidos en el mundo antiguo. Los trabajos que reúne responden perfectamente al intento de abordar la pregunta que la obra plantea en su presentación: “¿cómo fueron las formas de vida, las formas de entender el paisaje o los cultos religiosos en esas zonas de confín?”. Dada la variedad de aportaciones combinadas, el resultado final es desigual pero, precisamente por ello, esta colectánea resulta extremadamente rica en ideas referentes a su eje vertebrador: el confín del mundo antiguo.

Inaugurando la primera parte de la obra, “Confines. Los límites del concepto”, Ignasi Grau Mira centra su “Límite, confín, margen, frontera... conceptos y nociones en la Antigua Iberia” (pp. 23-47) en su especialidad académica, el análisis del paisaje histórico, para proponer tres escalas diferentes de entornos geo-culturales en la an-